

LA TRANSFORMACIÓN NEOLIBERAL DEL MUNDO RURAL: PROCESOS DE CONCENTRACIÓN DE LA TIERRA Y DEL CAPITAL Y LA INTENSIFICACIÓN DE LA PRECARIEDAD DEL TRABAJO

Rural neoliberal transformations. Land and capital concentration and the intensification of precarious working

Cristóbal Kay

Profesor Emérito del Instituto Internacional de Estudios Sociales (ISS), La Haya y de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO)/ Sede Ecuador, Quito.

RECIBIDO 22.04.16 / ACEPTADO 16.07.16

Resumen

Este artículo analiza los pilares fundamentales de las políticas neoliberales y su impacto sobre el cambio agrario a nivel mundial. Desde comienzos de la década de 1980 varios países comenzaron a dismantlar al estado desarrollista y proteccionistas abriéndose al mercado mundial. El 'imperativo del mercado' se transformó en la principal fuerza del cambio agrario. Los neoliberales argumentan que las políticas desarrollistas tenían un 'sesgo urbano' favoreciendo al sector industrial y para tal efecto 'saquearon' al sector agrícola. Se analiza la validez de tales argumentos 'populistas' para luego pasar a evaluar las transformaciones del proyecto neoliberal globalizador. Se constata que la liberalización de los mercados ha intensificado los procesos de concentración

de la tierra y otros recursos naturales a través de varios mecanismos tales como el acaparamiento de tierras arrinconando cada vez a la economía campesina. La agroindustria ha liderado las transformaciones en el campo expandiendo su control sobre las cadenas de valor, introduciendo nuevas tecnologías y aumentando la explotación de los trabajadores a través de su precarización, incrementando así enormemente sus ganancias. Finalmente, se destaca al movimiento transnacional de La Vía Campesina que ha estado liderando la lucha contra el neoliberalismo enarbolando su propuesta de la ‘soberanía alimentaria’.

Palabras claves: neoliberalismo, cambio agrario, agroindustria, acaparamiento de tierras, precarización del trabajo, soberanía alimentaria.

Abstract

This article analyses the key pillars of the neoliberal policies as well as their impact on agrarian change on a world scale. Since the beginning of the 1980s various countries started to dismantle the developmentalist and protectionist state by intensifying their links with the world economy. The ‘imperative of the market’ became the principal force of agrarian change and the state. The neoliberals argued that the developmentalist policies had an ‘urban bias’ favouring industry and plundering agriculture. The validity of these ‘populist’ arguments is examined to then evaluate the transformations of the globalizing neoliberal project. It is found that the liberalization of markets has intensified the processes of land concentration and other natural resources through various mechanisms such as ‘land grabbing’ thereby further cornering peasant farming. Agroindustry has spearheaded these transformations in the countryside by expanding its control over the value chains, introducing new technologies and increasing their exploitation of workers by creating a precariat, thereby greatly swelling their profits. Finally, the transnational La Vía Campesina social movement is highlighted as it has led the struggle against neoliberalism brandishing its ‘food sovereignty’ proposal.

Keywords: neoliberalism, agrarian change, agroindustry, land grabbing, precariat, food sovereignty.

INTRODUCCIÓN

Hace una década atrás la revista *Alasru, Análisis Latinoamericano del Medio Rural*, publicó en su primer número de la “Nueva Época” un artículo mío en el cual presenté una visión general de las principales transformaciones ocurridas en la sociedad rural latinoamericana desde la implementación de las

políticas neoliberales en las dos o tres últimas décadas (Kay, 2005). En este nuevo artículo retomo la temática del neoliberalismo pero a un nivel mundial, aunque con un sesgo inevitable latinoamericano. Se podría argumentar que América Latina fue la región del mundo en la cual se implementó con anterioridad y con mayor fuerza las políticas neoliberales. Con la multiplicación de los acuerdos de libre comercio, el neoliberalismo ha logrado seguir ganando terreno a nivel mundial, aunque en varios países, especialmente en los países desarrollados, persisten algunas políticas proteccionistas. Hoy en día el capital internacional, a través de varios mecanismos e instituciones, determina en gran medida las transformaciones rurales a nivel mundial. En este artículo me concentro en los aspectos centrales del paradigma neoliberal y su impacto sobre el medio rural a nivel global. Durante los 70, el paradigma desarrollista estatista, seguido por los países en vías de desarrollo, ha sido cuestionado con creciente fuerza por parte de los ideólogos neoliberales y ciertas instituciones internacionales. La estrategia desarrollista basada en un fuerte intervencionismo estatista priorizaba la industrialización, a menudo descuidando el desarrollo de la agricultura y de las áreas rurales. La crisis de endeudamiento de los 80, que afectó a varios de los países en desarrollo, brindó la oportunidad a instituciones multilaterales como el Banco Mundial a presionar hacia la adopción de “programas de ajuste estructural” (PAE), como una condición necesaria para recibir préstamos y ayuda al desarrollo. Los PAEs contenían los elementos clave de las propuestas de políticas públicas neoliberales, cuyo objetivo era reducir drásticamente el rol del estado en la economía y dar el libre reinado a las fuerzas del mercado a través de la remoción de las medidas proteccionistas y la apertura de la economía a las fuerzas competitivas del mercado mundial. Estas políticas neoliberales fueron denominadas a finales de 1980 como “El Consenso de Washington”, transformándose luego en “Post Consenso de Washington” con las políticas sociales añadidas al paquete de políticas neoliberales para aminorar las devastadoras consecuencias del golpe neoliberal que había marcado un crecimiento acentuado en los niveles de pobreza.

El neoliberalismo reestructuró profundamente el sector agrícola y los espacios rurales. Nuestro análisis comienza analizando las proposiciones claves del paradigma neoliberal con referencia al desarrollo rural. La sección principal provee un examen relativamente detallado de los principales impactos del neoliberalismo en el desarrollo rural, como es la creciente concentración de los recursos naturales en manos del capital corporativo y la dramática precarización del trabajo rural. Es seguido por una discusión sobre algunos

movimientos sociales rurales que han contestado al neoliberalismo. Finalmente, el artículo culmina con algunas conclusiones.

EL PARADIGMA NEOLIBERAL DE DESARROLLO RURAL

La crisis de la deuda externa y el clima económico más desafiante de la década de los 80 llevó a que las ideas y políticas neoliberales se esparciesen. Poderosas instituciones como el Fondo Monetario Internacional (FMI) y el Banco Mundial, propagaron las ideas neoliberales a escala planetaria. Mientras que los países endeudados no tenían otra opción que aceptar estas recetas para así obtener los préstamos de parte de las instituciones financieras internacionales, otros países que tenían la capacidad de resistir estas presiones, sin embargo a menudo, adoptaron voluntariamente dichas políticas.

Un pilar clave del paradigma neoliberal es dejar que el mercado gobierne, permitiendo que sea “libre” de toda interferencia política o manipulación proveniente de poderosos grupos económicos y sociales. La política gubernamental debía ser dirigida hacia estos objetivos, y por tanto los neoliberales están en contra de las políticas sectoriales que, o bien favorecían o discriminaban a un sector económico en particular, como es el caso de la agricultura. Propugnan desarrollar un marco macroeconómico estable, uniforme y general, en el cual las mismas reglas sean aplicadas a todos por igual. En general, los neoliberales están en contra de la intervención del estado en la economía, como si esto inevitablemente distorsionara los precios, por lo tanto, llevando de este modo a una asignación de recursos menos óptima con un impacto negativo en la eficacia y el crecimiento. Los precios en el libre mercado marcarán la pauta y los gobiernos deberían intervenir solamente para asegurar las libres operaciones en el mercado. En efecto, con la propagación del neoliberalismo a nivel mundial y la apertura de las economías domésticas los precios locales deberían reflejar precios internacionales.

El “sesgo urbano” y el “saqueo de la agricultura”

Mientras que el paradigma neoliberal no aboga por ninguna política sectorial específica, sin embargo, critica ferozmente todos los paradigmas de desarrollo rural que proponen políticas diferenciadas hacia el sector agrícola. Los neoliberales, en particular, acusan al estructuralismo y su estrategia de desarrollo “hacia adentro”, a través de la promoción del modelo

industrializador por sustitución de importaciones (ISI), de un “sesgo urbano”. La política proteccionista a favor de la industria doméstica creó una serie de distorsiones en la economía, llevando así a una mala asignación de recursos y limitando la tasa de crecimiento del país. Este “sesgo contrario a la agricultura” o “saqueo de la agricultura” tiene lugar mediante variados mecanismos, tales como cambiar los términos de intercambio comercial entre los sectores económicos en contra de la agricultura y a favor de la industria, manipulando el tipo de cambio entre la moneda nacional y extranjera en contra del sector exportador (lo que afecta negativamente a los agroexportadores) y asignando los recursos gubernamentales (inversiones públicas, crédito, subsidios, etc.) en favor de la industria y del sector urbano (Schiff and Valdés, 1992). Esto conduce a una “baja tasa de retorno” en la agricultura y por lo tanto actúa como un freno a la inversión en este sector, con efectos negativos sobre la producción agrícola. Ocurre lo opuesto en la industria donde las políticas gubernamentales son favorables, llevando a una inversión excesiva en la industria desperdiciando así los escasos recursos económicos. En fin, la tesis de la baja tasa de retorno sostiene que el estancamiento de la agricultura o la incapacidad de alcanzar su máximo potencial de crecimiento, se debe a las políticas públicas discriminatorias con lo cual reduce de este modo la ganancia de los agricultores. En consecuencia, el capital no se moverá hacia la agricultura, pudiendo incluso dirigirse desde fuera de ella hacia sectores más rentables con el consecuente impacto negativo en la inversión y el crecimiento agrícola (Bautista y Valdés, 1993). Según Michael Lipton (1977), este es apenas un aspecto de su tesis de carácter más general sobre el “sesgo urbano”, en la cual se explica, según su punto de vista, “por qué la gente pobre permanece pobre”.

Aunque pueda ser señalado que haya existido un “sesgo urbano” en las políticas gubernamentales durante cierto tiempo, es necesario demostrar que este sesgo es la causa principal de un desempeño insatisfactorio del sector agrícola. En mi opinión, si hubiere algún sesgo en contra del sector rural, este afectaría preponderantemente a los campesinos y los trabajadores rurales, ya que los terratenientes fueron parcialmente o totalmente compensados por la generosa provisión de subsidios estatales al crédito, fertilizantes, importaciones de maquinarias y asistencia técnica. Por otra parte, los terratenientes han pagado un impuesto a la tierra muy por debajo del valor real de la tierra o simplemente han logrado evadirlo. También son beneficiarios de la escasa capacidad de negociación de los asalariados rurales, dado que los gobiernos han generalmente dificultado su organización y los han dejado ampliamente desprotegidos de los abusos de los empleadores. Por tanto, el pobre

desempeño de la agricultura fue en parte debido a la desigual distribución de tierras, lo cual permitió a los propietarios explotar su poder económico y social por medio de la apropiación de rentas por la tierra, extrayendo el excedente económico a sus trabajadores por el pago de bajos salarios y capturando diversos subsidios y beneficios brindados por el estado. En consecuencia, los terratenientes no experimentaron mayores presiones para mejorar su productividad y así aumentar sus ganancias, ya que la situación existente les permitía poseer un buen estándar de vida, influencia y poder. Por otro lado, los campesinos tenían pocas extensiones de tierra e insuficientes recursos para invertir y prosperar en la agricultura debido a los varios mecanismos de explotación y discriminación a los cuales se enfrentaban.

En resumen, mientras que los precios y las políticas cambiarias perseguidas durante el periodo proteccionista (ISI) puede que hayan tenido un impacto negativo en la agricultura, es el sector campesino el cual ha cargado con el mayor peso de estas políticas discriminatorias. Así, en lugar de usar frases ofuscadas como “el sesgo en contra de la agricultura” o “el sesgo urbano”, como los liberales y los neo populistas tienden a hacer, es más preciso referirse al “sesgo terrateniente”, “sesgo agrícola-corporativo” o “sesgo en contra de la agricultura campesina” (Kay, 2009). El problema no es tanto un asunto de relaciones sectoriales sino más bien es un asunto de las relaciones de clases sociales.

EL IMPACTO DEL NEOLIBERALISMO EN EL DESARROLLO RURAL

El neoliberalismo persigue la estabilidad macro económica, disciplina fiscal, libre comercio, liberalización fiscal, privatizaciones, desregulación, liberación del mercado de trabajo y derechos de propiedad, seguros, entre otras políticas. Ahora daré una breve visión general sobre algunas de esas políticas y su impacto en el desarrollo rural, en el entendido que los cambios descritos a continuación no pueden ser siempre atribuidos exclusivamente al neoliberalismo. Algunos de dichos cambios podrían haber ocurrido de cualquier manera más tarde o más temprano, pero el neoliberalismo ciertamente aceleró algunos de ellos. Su impacto principal fue la revocación de algunos cambios acontecidos anteriormente, como la reforma agraria, derechos laborales y medidas que apoyaban la agricultura campesina. Sin embargo, la total liberalización de los mercados de la tierra, del trabajo y del capital no fueron alcanzados, si es que alguna vez pueda ser que esto acontezca. De la misma forma, tampoco el comercio exterior fue

completamente liberalizado. La realidad es demasiado compleja y terca como para permitir que los diseños de los dogmáticos neoliberales puedan implementarse en su totalidad. Hay luchas sociales que resisten ciertos cambios, no sólo de parte de las víctimas del neoliberalismo, sino incluso de ciertos sectores capitalistas. Pero ello no significa que las políticas neoliberales en el contexto de la globalización no hayan provocado grandes transformaciones en el mundo rural y más allá.

En esta discusión, me refiero principalmente a los países desarrollados, ya que estos fueron el principal objetivo de las reformas neoliberales. Los poderosos países desarrollados fueron ampliamente capaces de mantener sus políticas proteccionistas de la agricultura, mientras predicaban la retórica liberalizadora del mercado para el resto del mundo (Oya, 2005). Por tanto, la intervención estatal aunque ha disminuido en algunos países no ha desaparecido, sino más bien ha cambiado en carácter volviéndose hacia un “nuevo intervencionismo” de corte neoliberal como veremos a continuación.

El cambio neoliberal hacia la exportación agrícola no tradicional (EANT)

Uno de los principios centrales del neoliberalismo es la liberalización de los mercados, incluyendo el comercio internacional. Los países en desarrollo son considerados como poseedores de ventajas comparativas en la producción y exportación de productos primarios. Así, se especializarían en la explotación de recursos naturales como los minerales, forestación y agricultura. Esta sería la forma más eficiente de utilizar sus recursos, lo que redundaría en el alcance de tasas de crecimiento mayores hasta las que habían obtenido hasta el momento. En este proceso de crecimiento hacia las exportaciones los productores tienen un fuerte incentivo o presión para mejorar la eficiencia, ya que de lo contrario no logran mantenerse competitivos en los mercados internacionales.

Con la implementación del PAEs de corte neoliberal, una serie de políticas fueron introducidas para estimular las exportaciones agrícolas. Los agricultores comenzaron a cambiar su producción por el ahora rentable mercado de exportación y con ello fueron transformando sus patrones tradicionales de producción. Por un lado, con la liberación del comercio exterior, la importación de ciertos productos creció, ya que eran más baratos que aquellos producidos a nivel doméstico. De ahí que los agricultores reducen o detienen

el cultivo de aquellos productos que se habían vuelto menos rentables o incluso no rentables debido a la competencia extranjera. Por otro lado, algunos cultivos, y en particular los llamados “productos no tradicionales”, se hicieron más rentables. Estos productos eran llamados “no tradicionales” porque eran mayormente nuevos productos exportables de origen agrícola derivados de la horticultura, floricultura, fruticultura, acuicultura (pesca continental) y nuevos cultivos, como la soja, que contribuían gradualmente a una mayor porción en las exportaciones en comparación con aquellas derivadas de la agricultura tradicional, como lo era el café, té, azúcar, banana y el cacao. En suma, los agricultores cambiaron el uso de la tierra hacia el cultivo de estos productos agrícolas más rentables (Borras Jr. *et al.*, 2012: 853).

El impacto del crecimiento neoliberal de las exportaciones derivadas del agro sobre el campesinado, de acuerdo con Carter *et al.*, “depende por lo menos de tres factores: si las unidades de pequeña escala participan directamente en la producción de los productos de exportación y gozan de altos ingresos generados por esto (lo que llamamos ‘efecto de adopción de la pequeña granja’); segundo, si la exportación de cultivos induce un patrón de cambio estructural que sistemáticamente mejora o empeora el acceso de los pobres rurales a la tierra (‘el efecto acceso a tierra’); y en tercer lugar, si la exportación agrícola absorbe más o menos de la mano de obra de los campesinos sin tierra y de los pequeños productores agrícolas a tiempo parcial (‘el efecto absorción de mano de obra’)” (1996: 37-38). La mayoría de las exportaciones agrícolas, como la soja, favorece a las grandes explotaciones, promueve la concentración de tierras y desplaza los cultivos intensivos en mano de obra con los consecuentes efectos negativos sobre el empleo. Esto conduce a “una trayectoria de crecimiento altamente excluyente que deja a los campesinos fuera tanto como productores y trabajadores” (*idem.*: 58) ya que el “efecto de absorción de trabajo” y el “efecto de acceso a tierra” se volvió contra los campesinos. Pero en algunos casos donde el nuevo cultivo de exportación son las hortalizas esto puede favorecer a los pequeños agricultores (‘el efecto adopción de la pequeña granja’), debido a la intensidad del trabajo (el “efecto de absorción de mano de obra”) y otros factores. Como los pequeños agricultores expandieron su producción, y cosecharon los beneficios de sus nuevos ingresos derivados de la exportación, fueron capaces de ser más competitivos y ampliar su base de tierra o al menos aferrarse a ella (‘efecto acceso a tierra’). Por tanto, los tres factores que operaron en favor de los pequeños propietarios, en este caso particular, condujo a un proceso de crecimiento inclusivo. También podríamos encontrar situaciones intermedias. Sin embargo, tal proceso de crecimiento inclusivo ha sido la excepción, ya que

depende de políticas públicas pro-campesina. Incluso en el caso de cultivos intensivos en el uso de mano de obra, tales como las hortalizas y la floricultura, han sido capturados por la agroindustria de invernaderos, generalmente de gran escala, empleando mano de obra precaria.

En resumen, mientras que en algunas instancias particulares los agricultores campesinos se beneficiaron del *boom* agroexportador, las políticas neoliberales generalmente fortalecieron el desarrollo de los agricultores capitalistas. Así, estos agricultores capitalistas han cosechado los beneficios de este negocio EANT, teniendo la habilidad y los recursos para ajustarse, relativamente rápido al comercio neoliberal y a las políticas de reforma macro económicas. Para los productores campesinos, el mercado de exportación es usualmente muy arriesgado y los requerimientos de inversión son muy costosos y amplios. Sin embargo, a través de la agricultura bajo contrato con empresas agro industriales, algunos pequeños agricultores se dedicaron a la producción para la exportación. Pero la mayor parte de los beneficios de estos acuerdos productivos bajo contrato se vuelcan hacia la agroindustria, debido a su mayor poder de negociación.

La concentración de la tierra, los recursos naturales y el capital

Las políticas neoliberales de tierras revirtieron las reformas agrarias dirigidas por el estado donde estas habían sido implementadas y en su lugar propusieron reformas dirigidas por el mercado, o ninguna en absoluto. Sin embargo, las pocas reformas agrarias dirigidas por el mercado que se intentaron, generalmente no lograron prosperar (Borras *et al.*, 2008). Más efectivos fueron los esfuerzos neoliberales de privatización, descolectivización, registro de tierras y título de las mismas. El principal propósito de la política neoliberal es fortalecer la propiedad privada de la tierra para así crear un mercado de tierras más transparente, flexible y activo. El principio rector fue que la tierra debía ser cultivada de manera privada. La agricultura colectiva o estatal era vista como menos eficiente debido a la falta de incentivos, burocratización y corrupción. Con la liberalización y el desarrollo de un mercado competitivo, aquellos agricultores que no invierten para modernizar sus predios no podrán sobrevivir y serán forzados a vender sus tierras a los agricultores más eficientes. En cambio, un sistema comunitario o colectivista es más rígido por costumbres o legislación que los protege, y en algunos casos cuentan con cierta protección estatal, por tanto no están expuestos al imperativo del mercado (Wood, 2009). Así, el funcionamiento libre de las

fuerzas del mercado atraerá a más inversores, incluso extranjeros, por las nuevas posibilidades de ganancia que se presentan para los capitalistas gracias a las políticas neoliberales, que mediante la introducción de tecnologías modernas y mejores prácticas de gestión y de trabajo, aumentaría la eficiencia del uso de recursos dando lugar a mayores tasas de crecimiento de la agricultura (Deininger, 2003).

Para este propósito la legislación fue introducida en algunos países para facilitar la individualización de los derechos de propiedad de los miembros de las comunidades indígenas, para que aquellos que desearan vender o arrendar sus parcelas individuales pudieran hacerlo. En aquellos países que se habían implementado reformas agrarias y que promovieron la formación de cooperativas, granjas colectivas o estatales, la política neoliberal las privatizó desmantelándolas, subdividiéndolas en parcelas o retornando algunas de estas, ya sea parcialmente o en su totalidad, a sus antiguos dueños, o vendiéndolas a nuevos inversionistas. Ciertas organizaciones indígenas o comunitarias lograron movilizarse en defensa de los derechos de propiedad común, ganando a veces un amplio apoyo nacional como internacional, produciendo en algunos casos cambios en la legislación para proteger sus derechos sobre las tierras comunales.

Una significativa proporción de las fincas carecía de títulos de propiedad claros y seguros sobre la tierra en los países en desarrollo. Esto fue principalmente el caso de los minifundistas, aunque algunas grandes explotaciones también tenían títulos de propiedad dudosos. El Banco Mundial (2001) promovió una gran iniciativa en los '70 y '80 para regularizar y registrar títulos de tierras, particularmente de los pequeños agricultores. Aparte del Banco Mundial, varios donantes internacionales, como USAID, proporcionaron financiación para este proceso de registro de tierras. Muchas fincas o bien no tenían título de propiedad en absoluto, o poseían múltiples reclamos sobre el mismo pedazo de tierra, dando lugar a veces a disputas y conflictos violentos. En general estos procesos de registro de tierras que enfrentaron más problemas de los previstos originalmente, fueron retrasados y a menudo no lograron completarla. El proceso a veces abrió nuevos conflictos y permitió que algunos grandes terratenientes obtuvieran los títulos de propiedades de forma ilegal a través de la corrupción.

Algunos aspectos de los proyectos de titulación de tierras de corte neoliberal tenían un elemento progresivo en su intento de dar igualdad de derechos de propiedad a las mujeres por medio de acuerdos de titulación conjunta de la

pareja sobre la granja. Implementar esta agenda de equidad fue particularmente difícil en las zonas indígenas con líderes (hombres) que daban prioridad a la defensa de sus prácticas comunales consuetudinarias sobre los derechos individuales de las mujeres (Deere and León, 2001).

Tampoco fue fácil hacerlo cumplir en zonas no indígenas donde los hombres eran conscientes de que la titulación conjunta podría empoderar a las mujeres y por lo tanto no siempre le dieron la bienvenida a dichos arreglos (Razavi, 2003).

En general la titulación de tierras ha tenido un resultado mixto. En algunos casos, permitió a los campesinos obtener títulos legales sobre sus tierras, mientras que en otros casos llevó a la “modernización de la inseguridad” (Jansen y Roquas, 1998) y más conflictos, si no al despojo de tierras campesinas por las fuerzas más poderosas de los capitalistas.

Acaparamiento de tierras

Desde el comienzo del nuevo milenio una creciente preocupación se ha establecido sobre la compra o acuerdos¹ de tierras a gran escala, siendo señaladas a menudo como “acaparamiento de tierras” (Borras and Franco, 2012). El nuevo contexto global neoliberal provocó una enorme expansión del capital financiero y abrió nuevas oportunidades para inversiones a escala mundial. La tierra y la explotación de recursos naturales en general se convirtieron en muy atractivas para el capital global. Varios factores explican el creciente interés mundial en tierras de cultivo, tales como la nueva demanda de alimentos y materias primas de los países de rápido crecimiento (en ese momento), como BRIC (Brasil, Rusia, India y China) y los Estados del Golfo Pérsico; la crisis energética que en su momento dio lugar a altos precios del combustible, estimulando la inversión en tierra para biocombustibles o agrocombustibles; y las políticas de mitigación del cambio climático que fomentaron la reforestación y la inversión en las reservas o parques nacionales, denominados por algunos como “acaparamiento verde” debido a sus supuestos objetivos ambientales (Fairhead *et al.*, 2012).

¹ Los acuerdos de tierra son generalmente contratos entre gobiernos en la cual la parte inversionista, por ejemplo un fondo soberano, arrienda tierras por un largo plazo de 10, 20 o más años. Son tierras que el país que provee la tierra califica de propiedad estatal.

La inversión mundial en tierra recibió un importante impulso como consecuencia de la crisis alimentaria de 2007-2008 que llevó a enormes aumentos en los precios de los alimentos que muchos analistas argumentaron que permanecerían relativamente altos en el futuro. Esto despertó el apetito del capital financiero mundial, el cual diseñó instrumentos de financiación especial para inversiones en tierras atrayendo fondos de pensiones, fondos soberanos y otros fondos de los países con capital excedente que buscaban un mejor retorno para su capital. Pero la crisis alimenticia aumentó la preocupación sobre la seguridad alimentaria en muchos países (Akram Lodhi, 2012). China, Corea del Sur y los Estados del Golfo, entre otros, firmaron contratos con los gobiernos, principalmente en África y Asia y en un menor alcance en América Latina, para la compra o arrendamiento a largo plazo de decenas y cientos de miles de hectáreas de tierra principalmente para el cultivo de alimentos que será luego exportado al país inversor (Oya, 2013). Aunque los activistas en contra del acaparamiento de tierras puedan haber exagerado el alcance de la "fiebre" por tierras (Edelman *et al.*, 2013; Kaag and Zoomers, 2014), ha habido una incursión sin precedentes del capital extranjero, y en algunas instancias también del capital doméstico, en el sector rural llevando a la "financiarización" de la agricultura y la naturaleza en varios países en vías de desarrollo (Visser *et al.*, 2015).

El problema con el acaparamiento de tierra y su asociado (virtual) acaparamiento del agua generó un ardiente debate y produjo una creciente literatura (Borras *et al.*, 2011; Scoones *et al.*, 2013; Edelman *et al.*, 2015). Inicialmente, se focalizó en algunos países africanos y unos pocos países asiáticos, pero investigaciones posteriores, utilizando una conceptualización más amplia del acaparamiento de tierra, han revelado que el acaparamiento es más común que lo que se asumió inicialmente en América Latina y, para la sorpresa de algunos investigadores, también afecta a algunos países de Europa Oriental (Franco y Borras, 2013). Aquellos autores que favorecen la adquisición o inversión a gran escala en tierras, argumentan que dichos arreglos proporcionan recursos de inversión necesarios para modernizar la agricultura, incorporando nuevas tierras y cultivos más beneficiosos, utilizando tecnologías más avanzadas y mejores prácticas de gestión agrícola. Así se logran alcanzar economías de escala y de este modo incrementar la eficiencia, producción y ganancias para financiar las nuevas inversiones, y así sucesivamente. Los defensores de las "inversiones a gran escala en tierras" (nunca utilizan el término "acaparamiento" que acuñaron los críticos) sostienen que estas inversiones proporcionan nuevos empleos y oportunidades de ingresos para los trabajadores rurales. Además, son una fuente de ingresos

para el gobierno a través del pago de una renta por el arriendo a largo plazo de la tierra, en el caso de las tierras fiscales, y por el pago de impuestos (Deininger and Byerlee, 2011).

Los críticos del acaparamiento de tierra argumentan que dichas transacciones a menudo desplazan a la población local de sus tierras, que además aquellas tierras fiscales, de hecho, han sido usadas por personas que han encontrado allí su sustento por décadas o incluso por generaciones. Por lo tanto, han ocurrido casos de desalojos y choques violentos. La población local también se ha sentido amenazada por la extranjerización del territorio, lo cual ha preocupado a algunos políticos y militares, especialmente en regiones fronterizas por razones geopolíticas de seguridad nacional (Soto Baquero y Gómez, 2013).

Estos acuerdos han sido también cuestionados por poner en peligro la seguridad alimentaria, así como la soberanía alimentaria, ya que los agricultores locales son desplazados y los alimentos producidos por los nuevos inversores son generalmente exportados a los países originarios de dichas inversiones o a otros países. Además, varios de los cultivos son desarrollados con propósitos no alimenticios como los biocombustibles o piensos para animales. La ventaja de los denominados “cultivos flexibles” para los inversionistas es que son flexibles en cuanto a su uso final, que depende de los precios que sean los más rentables al momento de la toma de decisiones. Así, por ejemplo, la caña de azúcar puede ser utilizada para hacer azúcar, alcohol o etanol para biodiesel; los granos de soja pueden ser utilizados como piensos para los animales, alimento humano o biodiesel; el aceite de palma puede ser usado como alimento, biodiesel u otros usos industriales; y el maíz como alimento humano, animal o etanol; formando así el complejo agroindustrial “alimento-piensos-biocombustible” (Borras *et al.*, 2012).

Los críticos también señalan que muchas veces el prometido aumento del empleo y los consiguientes ingresos de la población local no se materializan, especialmente si el cultivo es altamente mecanizado, como es el caso de la soja y los cultivos transgénicos (Otero y Lapegna, 2016; Oliveira y Hecht, 2016). Por último, pero no menos importante, el acaparamiento de tierras suele llevar al monocultivo a la pérdida de la biodiversidad y al uso de semillas modificadas genéticamente (SMG), como también de las tecnologías agrícolas industriales basadas en productos petroquímicos que pueden tener efectos nocivos sobre el medio ambiente (White *et al.*, 2013). Es también el caso con la producción a gran escala de los agro-combustibles que puede llevar a la

degradación del suelo y a la contaminación del agua (Borras *et al.*, 2012; Dietz *et al.*, 2015).

En América Latina el acaparamiento de tierra presenta algunas peculiaridades que lo diferencian de otras regiones del sur, con la posible excepción de Sudáfrica. Una proporción mucho mayor de las transacciones de tierras a gran escala en América Latina tiene lugar en tierras privadas en comparación con las tierras públicas de propiedad estatal, y a menudo son impulsados por el capital regional a veces aliado al capital procedente de fuera de América Latina (Borras *et al.*, 2012). Paraguay es un caso extremo, una cuarta parte de las fincas de más de mil hectáreas son en gran parte propiedad del brasileño y argentino, y más de dos tercios de la superficie cultivada de soja en Paraguay, que es el principal cultivo del país, está en sus manos (Galeano, 2012).

Estas inversiones en tierras a gran escala tienen implicaciones espaciales. Algunos acaparamientos de tierras ocurrieron en regiones de colonización y fronterizas donde los pueblos indígenas suelen vivir y donde los derechos de propiedad son ambiguos. Tal extrema intrusión ha llevado a conflictos con los pueblos originarios, quienes son expulsados hacia las áreas más marginales. Debido a la naturaleza conflictiva de algunos acaparamientos de tierras, una variedad de organizaciones de la sociedad civil, los gobiernos y las organizaciones internacionales han tratado de regular la apropiación de tierras mediante la elaboración de códigos de conducta (Wolford *et al.*, 2013; Margulis *et al.*, 2014). Algunas instituciones han intentado ir más lejos y proponer una estrategia alternativa de inversión para el desarrollo rural, el cual está centrado en la recuperación de la inversión pública en la agricultura mediante el desarrollo de sinergias de inversión pública de corte campesino (Kay, 2014).

En resumen, el acaparamiento de tierras se ha facilitado por la transformación neoliberal. Es un proceso que expande y profundiza al mismo tiempo la agricultura industrializada capitalista a escala mundial. Si bien puede haber una mayor producción y productividad agrícola, ha permitido que el capital gane un creciente control tanto sobre la tierra como sobre el agua y otros recursos naturales, a menudo a expensas de los campesinos y las comunidades rurales, así como del medio ambiente. Esta potenciación del capital a través de un mayor control sobre la naturaleza y el territorio ha traído consigo una mayor influencia y dominio de las corporaciones transnacionales y del capital en general sobre los asuntos económicos, sociales y políticos, tanto a nivel nacional como internacional.

La precarización del trabajo

El giro hacia el neoliberalismo y el creciente control de los agronegocios sobre la agricultura ha fomentado un proceso de diferenciación socioeconómica entre el campesinado, y trajo aparejado un cambio estructural en la composición de la fuerza de trabajo rural. En términos generales, solo una pequeña porción de los campesinos podría captar las nuevas oportunidades abiertas por el nuevo contexto neoliberal capitalizando sus granjas y logrando prosperar. Estos son los campesinos “viables” en la jerga neoliberal. Otros campesinos menos afortunados se convirtieron en “semi-proletarios”, dado que su fuente principal de ingresos proviene de la venta de su fuerza de trabajo y no de actividades productivas en sus parcelas de tierra. Por último, una proporción significativa de los campesinos llegó a ser totalmente proletariado perdiendo todo acceso a la tierra y teniendo que buscar trabajo asalariado en las áreas rurales o urbanas, ya sea en el país o en el extranjero. Estos fueron los perdedores o víctimas del giro neoliberal, los pequeños productores campesinos “no viables”, en la jerga neoliberal, ya que no pudieron retener su tierra ante las nuevas fuerzas competitivas del mercado y la retirada de las medidas de apoyo del Estado.

En consecuencia, una creciente parte del campesinado ha tenido que acceder a diversos grados de asalarización para ganarse la vida. Este cambio ha ido de la mano con el crecimiento del trabajo asalariado temporal y precario. En muchos países el empleo permanente asalariado en el campo ha disminuido, incluso en términos absolutos, mientras que en la mayoría de los países se ha incrementado el trabajo asalariado temporal (Dirven, 2015). El crecimiento del trabajo asalariado temporal es particularmente evidente en aquellos países que han aprovechado el mercado de exportación dinámico para la soja, frutas, hortalizas y flores. Estos trabajadores asalariados precarios enfrentan difíciles condiciones de trabajo siendo empleados en gran medida por los agronegocios (Martínez, por publicar). Son a menudo pagos a destajo, lo que intensifica y acelera el ritmo de trabajo; estos trabajadores usualmente no cuentan con la protección del estado a través de una legislación laboral digna que regule este mercado de trabajo precario y que fije un salario mínimo; frecuentemente sus derechos a los beneficios sociales no son respetados por los contratistas o empleadores. Esta flexibilización y precarización del trabajo ha extendido el control de los empleadores sobre el trabajo, reduciendo los derechos de los trabajadores y empeorando sus subordinadas y precarias situaciones (Riella y Mascheroni, 2015).

Esta expansión de la fuerza de trabajo temporal ha sido acompañada por una marcada división de género, ya que ha habido una feminización de la agricultura (Deere, 2005; Valdés, 2015). Las agroindustrias emplean en gran medida mano de obra femenina para llevar a cabo el trabajo de temporada por considerar que las mujeres son trabajadoras más flexibles, cumplidoras y cuidadosas, por tener expectativas de salarios más bajos y por ser menos organizadas y conflictivas que los hombres. Sin embargo, las escasas oportunidades de empleo permanente tienden a ser reservadas para los hombres. Para muchas mujeres jóvenes, estos trabajos representan una oportunidad para ganar un ingreso independiente y para reducir el control patriarcal sobre sus vidas, aunque estos trabajos sean temporales y de bajo ingreso. Sin embargo, esta mayor participación de la mujer rural en el mercado de trabajo asalariado ha conducido en ocasiones, a conflictos en el hogar y violencia contra las mujeres, así como el aumento de su carga de trabajo (“la triple carga”).

Las transformaciones neoliberales también tuvieron implicaciones geográficas respecto al trabajo y a la división urbana-rural. Una “nueva ruralidad” (Kay, 2008) ha emergido a consecuencia del proceso de “desagrarización” (Bryceson, 2000). Los hogares rurales se volvieron “multifuncionales”, desarrollando diversas actividades económicas, a veces referidas como “pluriactividades”, con el fin de ganarse la vida. En la búsqueda de sustento, una creciente porción de los ingresos se deriva de las actividades no agrícolas en la granja, tales como el turismo rural, el procesamiento artesanal de los productos derivados de la agricultura, o poniendo un pequeño comercio. Pero en mayor medida el ingreso familiar proviene del trabajo asalariado fuera de la granja, en zonas rurales o urbanas como en la construcción, servicios domésticos y otros trabajos asalariados informales (“multilocalización de los medios de vida”). Las remesas derivadas del trabajo familiar migrante, tanto dentro como fuera del país, se están también convirtiendo en una importante fuente de ingresos para muchos hogares campesinos.²

² Todavía no existe una suficiente fluidez entre los sociólogos rurales anglosajones y los latinoamericanos. La visión de la “nueva ruralidad” que fue desarrollada por sociólogos latinoamericanos, muchos de ellos miembros de Alasru (ver Kay, 2008), nunca encontró una recepción por parte de los sociólogos europeos y norteamericanos ya sea por ignorancia o barreras de idioma ya que los estudios iniciales sobre la nueva ruralidad no se han publicado en inglés. Por otra parte, los estudios sobre “los medios de vida rural (sustentables)”, desarrollados principalmente

Una creciente proporción de trabajadores temporales viene de áreas urbanas, siendo reclutados por contratistas de mano de obra (Riella y Mascheroni, 2015). Los trabajadores son enganchados con mayor fluidez que en el pasado, en diferentes espacios, debido a mejores medios de comunicación e información, transporte más barato y mejora en la educación, entre otros factores. Esto indica tanto la ruralización de las áreas urbanas como resultado de altas tasas de migración urbano rural, así como la urbanización de áreas rurales con la proliferación de barrios periféricos marginales (villas miseria, pueblos jóvenes, chabolas), desdibujando de esta manera la brecha urbano rural (Chase, 2002). Además, debido a la mejora en la movilidad, los trabajadores rurales se enfrentan a la creciente competencia con los trabajadores urbanos por el empleo, ya sea rural o urbano. Esta diversificación de actividades e ingresos es para la mayoría de los campesinos una estrategia de supervivencia, pero para algunos campesinos con mayores recursos y mejores capacidades empresariales, se ha convertido en una estrategia de acumulación, fomentando así los procesos de diferenciación social y económica (Kay, 2008).

En síntesis, las políticas neoliberales han transformado la agricultura en los países en desarrollo, y más allá, y han dado lugar a la formación de una clase de trabajadores precarios (Standing, 2011; Bernstein, 2012; Munck, 2013). Además, los problemas de la pobreza rural, exclusión y la falta de acceso a la tierra y recursos productivos, no se han resuelto. Sólo en la fase del neoliberalismo “post dogmático” o pragmático, y en países que han seguido una ruta “neodesarrollista”, con la implementación de políticas sociales dirigidas a los sectores pobres, es que los niveles de pobreza comenzaron a reducirse. Pero las precarias condiciones de trabajo aún se mantienen e incluso siguen extendiéndose.

por sociólogos anglosajones, sólo lentamente lograron ser reconocidos por algunos de sus homólogos latinoamericanos. Estas dos perspectivas analizan fenómenos similares de transformación en la sociedad rural. A mi juicio, el mejor trabajo sobre el enfoque de los medios de vida rural, que logra superar algunas de sus deficiencias iniciales, es de Scoones (2015), pero tampoco hace referencia al enfoque de la nueva ruralidad. Ambas visiones son complementarias y se podrían reforzar mutuamente desarrollando un diálogo entre ellas.

La financiarización del agro y la crisis agraria

Durante el 2007 y el 2008 el precio de los alimentos creció bruscamente con consecuencias desastrosas para la gente de bajos recursos a lo largo de todo el mundo, llevando a un severo incremento del hambre y la pobreza. Los precios de los alimentos básicos, como el trigo, el arroz y el maíz se duplicaron. Los países importadores de alimentos presenciaron altos aumentos en los costos de importación de dichos alimentos. Esta alza en los precios de los alimentos llevó a protestas y levantamientos en varios países (Bush, 2010).

Ha habido mucho debate sobre las razones de esta enorme subida en los precios de los alimentos y su alta volatilidad. La explicación más común es que la oferta mundial de alimentos no se mantuvo al día con la creciente demanda mundial de alimentos. Algunos autores comenzaron a cuestionar esta narrativa, ya que no podía explicar la brusquedad y profundidad de dicha crisis (Busch, 2010; Ghosh, 2010). En su opinión, la liberación de los mercados financieros contribuyó significativamente a la crisis alimenticia. Es difícil determinar el preciso impacto de esta dimensión financiera debido a su complejidad, carácter abstracto y opacidad. Pero es esta dimensión financiera la que crea un vínculo más directo entre el neoliberalismo y la crisis alimenticia. Mientras que previamente varios instrumentos financieros como los derivados financieros, basados en productos agrícolas, y los contratos a futuro, habían sido regulados, limitando así la especulación financiera; bajo el neoliberalismo los mercados financieros y los mercados de los “commodities” agrícolas fueron desregulados y liberalizados. Con la masiva expansión de las finanzas en las últimas décadas, los inversores comenzaron a buscar rendimientos más rentables creando una variedad de fondos de inversiones de productos agrícolas. Esto resultó en la monetización de los alimentos y la consiguiente mercantilización de la agricultura, incrementando así la exposición de los productos agrícolas a las fluctuaciones de las finanzas de los mercados globales y sus actividades especulativas (Clapp, 2012).

La financiarización del campo estimula los procesos de mercantilización, apropiación y concentración del capital y los recursos naturales en manos de los agronegocios, y por ende a su poder sobre la sociedad rural. El poder de las corporaciones transnacionales sobre los mercados globales agrícolas y las cadenas de valor de los productos agrícolas les permite capturar la mayoría de los beneficios del aumento de los precios de los alimentos. En suma, las fuerzas del mercado neoliberal, tanto nacional como mundial, contribuyen a la pérdida de acceso a los recursos productivos de la economía campesina, tales

como la tierra, el agua, el capital, las semillas, los bosques, los pastizales y las tecnologías, forzando a los miembros del hogar campesino a su asalariadización

LA IMPUGNACIÓN A LAS POLÍTICAS NEOLIBERALES

La agenda neoliberal y las transformaciones que se han llevado a cabo en el mundo rural han provocado luchas contestatarias en varios países del mundo (Borras *et al.*, 2009). Hay numerosas luchas todos los días, de campesinos, de trabajadores rurales y de los pueblos indígenas por una sociedad más justa que generalmente no son visibilizadas y sólo alcanzan una audiencia más amplia cuando suceden incidentes violentos. El neoliberalismo ha provocado una intensificación de los conflictos y la violencia en el campo difícil de dimensionar. Pero también ha provocado un contra-movimiento social de carácter transnacional, el cual explícitamente desafía al neoliberalismo como lo es Vía Campesina, la cual percibe al neoliberalismo como una amenaza estratégica para “las vidas y el sustento de muchos campesinos sin tierra o con poca tierra y los trabajadores asalariados y pequeños agricultores en los países del sur y del norte” (Borras, 2004: 3). Fue fundado en 1993 y se ha convertido en el más grande y activo movimiento mundial de campesinos, juntando organizaciones rurales del sur y del norte. Vía Campesina se opone a las corporaciones agroindustriales y su creciente control sobre los recursos naturales y la tecnología. En cambio, promueve la agricultura campesina y familiar, la agricultura ecológica y sustentable, los mercados locales o “anidados”, la cooperación, solidaridad y derechos humanos para la gente del campo (Desmarais, 2007; McMichael, 2008; Martínez-Torres y Rosset, 2010).

Vía Campesina es conocida por proponer la “soberanía alimentaria”, distinguiéndola de la seguridad alimentaria. Ha sido vorazmente crítica de la Organización Mundial de Comercio (OMC) y del Banco Mundial, ya que estos promueven la liberalización del comercio internacional de los productos agrícolas (Burnetty Murphy, 2014). Por soberanía alimentaria Vía Campesina se refiere a: “los alimentos producidos a través de sistemas de producción diversificados basados en la agricultura familiar... (es) el derecho de los pueblos de definir sus propias políticas agrícolas y de producción de alimentos, proteger y regular la producción agrícola doméstica y el comercio para poder alcanzar objetivos de desarrollo sustentable... (es) promover la formulación de políticas de comercio y prácticas que sirvan a los derechos de los pueblos a la

seguridad de una producción saludable y ecológicamente sustentable.” (Citado en McMichael, 2009: 294, traducción propia).³

En suma, si bien hay varios movimientos sociales rurales, me concentré en Vía Campesina debido a su fuerte postura anti-neoliberal y su alcance internacional que se ha ganado una creciente influencia en los debates nacionales e internacionales sobre temas rurales, pero el grado en que ha sido capaz de influenciar y cambiar las políticas neoliberales de desarrollo rural es otro asunto (Akram-Lodhi, 2013).

CONCLUSIONES

El neoliberalismo marca una línea divisoria en la historia, dado que es un proyecto global de carácter transformador. Bajo el manto del emergente libre mercado, intereses capitalistas neoliberales han tratado de lograr cambios en las políticas y los mercados agrícolas que mejorarían su poder económico, social y político. La transformación neoliberal de la tierra, el capital, la fuerza de trabajo, del mundo financiero, el comercio exterior y otros mercados, ha creado y potenciado nuevos procesos existentes de concentración y desarrollo desigual en las áreas rurales. El proceso de mercantilización de la naturaleza ha alcanzado nuevos horizontes en el mundo, llevando a algunos autores a acuñar el término “neo-extractivismo” (Veltmeyer y Petras, 2014). Las relaciones capitalistas de producción se esparcieron mundialmente a través de procesos de desposesión y proletarianización de los campesinos, así como también se han intensificado a través de nuevo procesos de producción, tecnologías y sistemas de gestión de las cadenas de valor.

Contrariamente a los planes del libre mercado neoliberal de “obtener los precios correctos” y que “los mercados deben gobernar”, la experiencia histórica muestra que sólo a través de la intervención del estado se logran las transformaciones estructurales necesarias para el desarrollo más inclusivo y equitativo (Byres, 2003). Respecto a la agricultura, esto debería incluir la reforma de la tenencia de la tierra, apoyo a la agricultura campesina, mayor

³ Para un análisis de la visión de la soberanía de los alimentos, ver McMichael (2014), y para su origen Latinoamericano, ver Edelman (2014). La propuesta de la soberanía alimentaria de Vía Campesina ha sido cuestionada desde una perspectiva marxista por Bernstein (2014) y ha sido defendida por McMichael (2015). Para una buena reseña del debate, ver Jansen (2015).

inversión en riego y otras infraestructuras rurales, la difusión de las nuevas tecnologías sustentables, regulación de mercados y la adopción de medidas ambientales y sociales (Chang, 2012). También se requerirá la creación de una arquitectura de comercio internacional y un sistema financiero más justo y sustentable. En resumen, una importante lección histórica que nos dejan las experiencias exitosas de desarrollo, es que sólo un Estado desarrollista es capaz de llevar a un país por la senda de un desarrollo más equitativo y sostenible mediante la creación de las condiciones estructurales y esenciales para el logro de sinergias entre la agricultura y la industria y entre la población rural y urbana (Kay, 2009).

Por último, los movimientos indígenas y campesinos han estado en la vanguardia desafiando las políticas y los mercados neoliberales (Petras y Veltmeyer, 2001), aunque han perdido algo de su prominencia en los últimos años. Algunos países están tratando de crear una estrategia de desarrollo post-neoliberal que se acerque más a la satisfacción de las aspiraciones de la mayoría de la población. Queda por ver si este camino post-neoliberal es capaz de consolidarse dentro del orden mundial neoliberal actual y si de hecho puede llegar a las metas prometidas de una manera sostenible.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Akram-Lodhi, A. H. (2012). Contextualising land grabbing: contemporary land deals, the global subsistence crisis and the world food system. *Canadian Journal of Development Studies* 33 (2): 119-142.
- Akram-Lodhi, A. H. (2013). *Hungry for Change: Farmers, Food Justice and the Agrarian Question*. Halifax: Fernwood Publishing.
- Bautista, R. M. y A. Valdés, eds, (1993). *The Bias against Agriculture: Trade and Macroeconomic Policies in Developing Countries*. San Francisco: International Center for Economic Growth, University of California and IFPRI.
- Bernstein, H. (2012). *Dinámicas de Clase y Transformación Agraria*. México D.F.: Miguel Ángel Porrúa Editor.
- Bernstein, H. (2014). Food sovereignty via the 'peasant way': a sceptical view. *The Journal of Peasant Studies*, 41 (6): 1031-1063.
- Borras Jr., S. M. (2004). La Vía Campesina: an evolving transnational social movement, *TNI Briefing Series*, No. 2004/6. Amsterdam: Transnational Institute.

- Borras Jr., S. M., C. Kay y E. Lahiff, eds. (2008). *Market-led Agrarian Reform: Critical Perspectives on Neoliberal Land Policies and the Rural Poor*. Londres: Routledge.
- Borras Jr., S. M., M. Edelman y C. Kay, eds. (2009). *Transnational Agrarian Movements Confronting Globalization*. Oxford: Blackwell-Wiley.
- Borras Jr., S. M., R. Hall, I. Scoones, B. White y W. Wolford, eds. (2011). Forum on global land grabbing, Part 1. *The Journal of Peasant Studies*, 38 (2): 209-298.
- Borras, Jr., S.M., P. McMichael y I. Scoones, eds. (2011). *The Politics of Biofuels, Land and Agrarian Change*. Londres: Routledge.
- Borras Jr., S. M. y J. C. Franco (2012). Global land grabbing and trajectories of agrarian change. *Journal of Agrarian Change* 12 (1): 34-59.
- Borras Jr, S. M., J. C. Franco, S. Gómez, C. Kay y M. Spoor (2012). Land grabbing in Latin America and the Caribbean. *The Journal of Peasant Studies* 39 (3-4): 845-72.
- Borras Jr., S. M., C. Kay, S. Gómez y J. Wilkinson (2013). 'Acaparamiento de tierras y acumulación capitalista: aspectos clave en América Latina', *Revista Interdisciplinaria de Estudios Agrarios* 38: 75-103.
- Bryceson, D. F. (2000). Disappearing peasantries? Rural labour redundancy in the neoliberal era and beyond. En *Disappearing Peasantries? Rural Labour in Africa, Asia and Latin America*, eds. D. Bryceson, C. Kay, and J. Mooij, 299-326. Londres: Practical Action Publishing.
- Burnett, K. and S. Murphy (2014). What place for international trade in food sovereignty? *The Journal of Peasant Studies* 41 (6): 1065-1084.
- Busch, L. (2010). Can fairy tales come true? The surprising story of neoliberalism and world agriculture. *Sociologia Ruralis* 50 (4): 331-351.
- Bush, R. (2010). Food riots: poverty, power and protest. *Journal of Agrarian Change* 10 (1): 119-129.
- Byres, T. J. (2003). Agriculture and development: the dominant orthodoxy and an alternative view. In *Rethinking Development Economics*, ed. H-J. Chang, 235-253. Londres: Anthem Press.
- Carter, M. R., B. L. Barham y D. Mesbah (1996). Agricultural export booms and the rural poor in Chile, Guatemala, and Paraguay. *Latin American Research Review* 31 (1): 33-65.
- Chang, H.-J. (2012). Rethinking public policy in agriculture - lessons from history, distant and recent. En *Public Policy and Agricultural Development*, ed. H.-J. Chang, 3-68. Londres: Routledge.

- Chase, J. (2002). Introduction: the spaces of neoliberalism in Latin America. En *The Spaces of Neoliberalism: Land, Place and Family in Latin America*, ed. J. Chase, 1-21. Bloomfield, Connecticut: Kumarian Press.
- Clapp, J. (2012). *Food*. Cambridge: Polity Press.
- Deere, C. D. (2005). The feminization of agriculture? Economic restructuring in rural Latin America. *Occasional Paper 1*. Geneva: Unrisd.
- Deere, C. D., and M. León (2001). *Empowering Women: Land and Property Rights in Latin America*. Pittsburgh, PA: University of Pittsburgh Press.
- Deininger, K. (2003). *Land Policies for Growth and Poverty Reduction*. Nueva York: Oxford University Press for the World Bank
- Deininger, K. y D. Byerlee (2011). *Rising Global Interest in Farmland*. Washington, D.C.: World Bank.
- Desmarais, A. A. (2007). *La Vía Campesina: Globalization and the Power of Peasants*. Londres: Pluto Press.
- Dietz, K., B. Engels, O. Pye y A. Brunnengräber, eds. (2015). *The Political Ecology of Agrofuels*. Londres: Routledge.
- Dirven, M. (2015). Transformaciones del trabajo rural en América Latina: evolución y precariedades. Ponencia presentada en el panel ‘Transformaciones del trabajo rural en América Latina: Precariedades, Exclusiones y Emergencias’, XXXIII International Congress of the Latin American Studies Association (LASA), San Juan, Puerto Rico, Mayo 27-30, 2015.
- Edelman, M. (2014). Food sovereignty: forgotten genealogies and future regulatory challenges. *The Journal of Peasant Studies* 41 (6): 959-978.
- Edelman, M., R. Hall, I. Scoones, B. White y W. Wolford, eds. (2015). ‘Global land grabbing and political reactions “from below”.’ *The Journal of Peasant Studies* 42 (3-4): 467-487.
- Edelman, M., C. Oya y S. M Borrás Jr. (2013). Global land grabs: historical processes, theoretical and methodological implications and current trajectories. *Third World Quarterly* 34 (9): 1517-1531.
- Franco, J. y S. M. Borrás Jr. (2013). *Land Concentration, Land Grabbing and People’s Struggles in Europe*. Amsterdam: Transnational Institute.
- Galeano, L. A. (2012). Paraguay and the expansion of Brazilian and Argentinian agribusiness frontiers. *Canadian Journal of Development Studies* 33 (4): 458-470.
- Ghosh, J. (2010). The unnatural coupling: food and global finance. *Journal of Agrarian Change* 10 (1): 72-86.

- Jansen, K. y E. Roquas (1998). 'Modernizing insecurity: the land titling project in Honduras'. *Development and Change* 29 (1): 81-106.
- Jansen, K. (2015). The debate on food sovereignty theory: agrarian capitalism, dispossession and agroecology. *The Journal of Peasant Studies* 42 (1): 213-232.
- Kaag, M. y A. Zoomers, eds. (2014). *The Global Land Grab: Beyond the Hype*. London: Zed Books.
- Kay, C. (2005). Estrategias de vida y perspectivas del campesinado en América Latina. *ALASRU Análisis Latinoamericano del Medio Rural* 1: 1-46.
- Kay, C. (2008). Reflections on Latin American rural studies in the neoliberal globalization period: A new rurality? *Development and Change* 39 (6): 915-943.
- Kay, C. (2009). Development strategies and rural development: exploring synergies, eradicating poverty. *The Journal of Peasant Studies* 36 (1): 103-137.
- Kay, S. (2014). Reclaiming agricultural investment: towards public-peasant investment synergies. *TNI Agrarian Justice Programme Policy Paper*. Amsterdam: Transnational Institute.
- Lara Flores, S. M. (2015). Modernización de la agricultura mexicana: empresas ricas con trabajadores pobres. Ponencia presentada en el panel 'Transformaciones del trabajo rural en América Latina: Precariedades, Exclusiones y Emergencias', XXXIII International Congress of the Latin American Studies Association (LASA), San Juan, Puerto Rico, Mayo 27-30.
- Lipton, M. (1977). *Why Poor People Stay Poor: A Study of Urban Bias in World Development*. Londres: Temple Smith.
- Margulis, M. E. (2014). Trading out of the global food crisis? The World Trade Organization and the geopolitics of food security. *Geopolitics* 19 (2): 322-350.
- Margulis, M., N. McKeon. and S. M. Borras Jr., eds. (2014). *Land Grabbing and Global Governance*. London: Routledge.
- Martínez, L. (2017), Agribusiness, peasant agriculture and labour markets: Ecuador in comparative perspective. *Journal of Agrarian Change*, por publicar.
- Martínez-Torres, M. E. y P. M. Rosset (2010). La Vía Campesina: the birth and evolution of a transnational social movement. *The Journal of Peasant Studies* 37(1): 149-175.
- McMichael, P. (2008). Peasants make their own history, but not just as they please. En *Transnational Agrarian Movements Confronting Globalization*, eds. S. M. Borras, Jr., M. Edelman y C. Kay, 37-60. Oxford: Blackwell.

- McMichael, P. (2009). Food sovereignty, social reproduction and the agrarian question. En *Peasants and Globalization: Political Economy, Rural Transformation and the Agrarian Question*, eds. A. H. Akram-Lodhi y C. Kay, 288-312. London: Routledge.
- McMichael, P. (2014). Historicizing food sovereignty. *The Journal of Peasant Studies* 41 (6): 933-57.
- McMichael, P. (2015). A comment on Henry Bernstein's way with peasants, and food sovereignty. *The Journal of Peasant Studies* 42 (1): 193-204.
- Munck, R. (2013). 'The precariat: a view from the South', *Third World Quarterly*, 34 (5): 747-762.
- Oliveira, G. y S. Hecht, eds. (2016). Soy production in South America: globalization and new agroindustrial and scapes. Número especial del *The Journal of Peasant Studies*, 43 (2): 251-610.
- Otero, G. y P. Lapegna, eds. (2016). Symposium: neoliberalism and transgenic crops in Latin America. *Journal of Agrarian Change*, 16 (4).
- Oya, C. (2005). Stick and carrots for farmers in developing countries: agrarian neoliberalism in theory and practice. En *Neoliberalism: A Critical Reader*, eds. A. Saad-Filho y D. Johnston, 127-34. Londres: Pluto Press.
- Oya, C. (2013). The land rush and classic agrarian questions of capital and labour: a systematic scoping review of the socioeconomic impact of land grabs in Africa. *Third World Quarterly* 34 (9): 1532-1557.
- Petras, J. y H. Veltmeyer (2001). Are Latin American peasant movements still a force for change? Some new paradigms revisited, *The Journal of Peasant Studies*, 28 (2): 83-118.
- Razavi, S., ed. (2003). Agrarian change, gender and land rights. Número especial del *Journal of Agrarian Change* 3 (1/2): 1-288.
- Riella, A. y P. Mascheroni, eds. (2015). *Asalariados Rurales en América Latina*. Buenos Aires: Clacso.
- Schiff, M. y A. Valdés (1992). *The Plundering of Agriculture in Developing Countries*, Washington, D.C.: World Bank.
- Scoones, I. (2015). *Sustainable Livelihoods and Rural Development*. Londres: Practical Action Publishing y Halifax: Fernwood Publishing.
- Scoones, I., R. Hall, S. M. Borras Jr., B. White y W. Wolford, eds. (2013). Forum on global land grabbing, Part 2. *The Journal of Peasant Studies*, 40 (3): 469-587.

- Sommerville, M., J. Essex, and P. Le Billon (2014). The “global food crisis” and the geopolitics of food security. *Geopolitics* 19 (2): 239-265.
- Standing, G. (2011). *The Precariat: The New Dangerous Class*. Londres: Bloomsbury Academic.
- Soto Baquero, F. y S. Gómez, eds. (2013). *Reflexiones sobre la Concentración y Extranjerización de la Tierra en América Latina y el Caribe*, Romay Santiago: FAO.
- Valdés, X. (2015). Trabajo temporal y emancipación precaria. Ponencia presentada en el panel ‘Transformaciones del trabajo rural en América Latina: Precariedades, Exclusiones y Emergencias’, XXXIII International Congress of the Latin American Studies Association (LASA), San Juan, Puerto Rico, Mayo 27-30.
- Veltmeyer, H. y J. Petras (2014). *The New Extractivism: A Post-Neoliberal Development Model or Imperialism of the Twenty-First Century?* Londres: Zed Books.
- Visser, O., J. Clapp y S. R. Isakson, eds. (2015). Symposium on Global finance and the agrifood sector: risk and regulation. *Journal of Agrarian Change*, 15 (4): 541-603.
- White, B., S. M. Borras Jr., R. Hall y W. Wolford, eds. (2013). *The new enclosures: critical perspectives on corporate land deals*. Londres: Routledge.
- Wolford, W., S. M. Borras Jr, R. Hall, I. Scoones y B. White, eds. (2013). *Governing global land deals: The role of the State in the rush for land*. Chichester: Wiley.
- Wood, E. M. (2009). ‘Peasants and the Market Imperative: The Origins of Capitalism’. En A. Haroon Akram-Lodhi y Cristóbal Kay (eds), *Peasants and Globalization: Political Economy, Rural Transformation and the Agrarian Question*, Routledge: Londres y Nueva York, pp. 37-56.
- World Bank. (2001). *Land Policy and Administration*. Washington, D.C.: World Bank.

Kay Cristóbal (2016), La transformación neoliberal del mundo rural: procesos de concentración de la tierra y del capital y la intensificación de la precariedad del trabajo, *Revista Latinoamericana de Estudios Rurales*, I (1). Recuperado de <http://www.ceil-conicet.gov.ar/ojs/index.php/revistaalasru/article/view/93>